

2do. Domingo de Cuaresma B/2012

Las lecturas de este segundo domingo de cuaresma nos hablan de la importancia de la fe en Dios. Ellas nos invitan a entender que el compromiso de nuestra fe requiere que optemos a favor de Dios, a pesar del costo y los sufrimientos que eso podría implicar.

La primera lectura recuerda la historia de Abraham cuando él tomó la difícil opción de sacrificar a su hijo, Isaac. De hecho, cuando Dios mandó a Abraham a sacrificar a su hijo único, él no vaciló en hacerlo. Pero como demostró su fe, Dios salvó a Isaac y señaló a Abraham como alguien justo, debido a su obediencia y fidelidad. En consecuencia, Dios prometió bendecirlo a través de su descendencia y bendecir también a todos los pueblos de la tierra.

Lo que este texto nos enseña es que la fe en Dios es exigente. Sin embargo, si permanecemos fieles a Dios y aceptamos el sacrificio que su amor nos impone, Él nos recompensará. Otra idea es que a todos aquellos que no renuncian a su fe en tiempos difíciles, Dios les construirá un futuro prometedor.

Todo esto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy cuando Jesús es transfigurado en el monte. En primer lugar, el Evangelio dice que Jesús subió con algunos de sus discípulos la montaña donde fue transfigurado. Durante la transfiguración, la transformación fue total, desde su cara hasta su ropa.

Al mismo tiempo, se le aparecieron Elías y Moisés y conversaron con él. Pedro, por su parte, abrumado por la escena, quería construir tres chozas a fin de guardar el espectáculo en curso. En aquel momento, una nube los cubrió a todos y una voz del cielo reconoció a Jesús como un hijo amado a quien ellos tuvieron que escuchar.

Al final, cuando el incidente terminó, ellos bajaron la montaña y Jesús les mandó que no contaran a nadie lo que habían visto hasta que Él resucitara. Los discípulos, por su parte, guardaron el secreto a pesar de no entender todo lo que esto significó.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero que aprendemos es acerca de la paradoja del sufrimiento de Jesús. El Evangelio dice que Jesús, quien estaba acostumbrado a subir solo al monte para rezar, esta vez lleva con él a Pedro, Santiago y Juan.

¿Por qué hizo eso? Él quiso que ellos fueran testigos de lo que le pasaría en la cumbre de la montaña. De hecho, antes de la transfiguración, Jesús acababa de anunciar su pasión y muerte. Como a menudo pasa con aquellos a quienes nosotros amamos cuando se enferman, los discípulos no podían aceptar la idea del sufrimiento de Jesús.

A fin de consolarlos, Jesús sube la montaña con algunos de ellos con el fin de que se den cuenta, con sus propios ojos, que aunque Él tenga que sufrir y morir, está preparado para la gran gloria. Por su parte, los discípulos también deberían experimentar el sufrimiento a fin de compartir su gloria.

Este episodio nos ayuda a entender nuestro propio sufrimiento. Por la transfiguración de Jesús, tenemos la seguridad de que después de mucho dolor y sufrimiento en la tierra, compartiremos un día la alegría de Jesús. Nuestro cuerpo mortal será similar al suyo en la gloria de cielo. Entonces, no sufrimos por nada; no corremos sin razón, sino hacia un objetivo importante que es compartir la alegría de la resurrección, que se anticipa ya en la transfiguración de Jesús.

Es por esto que entendemos por qué San Pablo dice que nadie puede acusar a los elegidos del Señor y nadie puede estar contra ellos. Es por la misma razón que Abraham no vaciló en sacrificar a Isaac, ya que su corazón le decía que Dios era capaz de darle más que un hijo.

El segundo punto que aprendemos se refiere a la plenitud de la revelación. De hecho, la gente habla muy a menudo de la presencia de Dios en otras religiones, como el islamismo, el hinduismo, el budismo, etc. Ciertamente no niego lo que Dios bueno puede hacer en muchas religiones y muchas personas en el mundo. Es su secreto que no puedo comprender con mi mente mortal y pobre.

Pero en la lectura del Evangelio de hoy hay una pregunta que no puedo evitar: “¿por qué en un momento tan crucial de su vida, Jesús conversa con Moisés y Elías?”. La respuesta parece muy simple cuando recordamos la identidad de Moisés y Elías. De hecho, Moisés es el padre fundador de Israel como una nación, porque fue él quien les dio la Ley considerada como su constitución. Mientras que Elías es el mayor de todos los profetas de Israel.

Entonces, el hecho de que Elías y Moisés hablen con Jesús, tiene el fin de mostrarnos que en Él se unen la Ley y los profetas. Por eso, Jesús está en la línea verdadera de aquellas grandes personalidades de la historia de Israel. Él es la realización de todo lo que ellos significan. Él es la revelación plena de lo que Dios quiso comunicar al mundo. En este contexto, entendemos por qué la voz del cielo declaró “Él es mi hijo amado”.

El último punto que aprendemos es sobre la fortuna de escuchar a Jesús. En el verbo escuchar, hay tres cosas: prestar atención, estar abierto y tener aceptación. Cuando el Padre nos pide escuchar a Jesús, nos recomienda prestar atención a lo que Jesús nos dice, estar abiertos a su mensaje y aceptar la dirección de vida que Él nos da.

Esto es nuestro deber como cristianos y es nuestra fortuna tener alguien a quien escuchar, como Jesús. Este deber es muy importante, porque vivimos en una sociedad y en una cultura donde hay muchas voces que escuchar y muchas cosas a las que debemos prestar atención. Deberíamos ser prudentes y no comparar la enseñanza de Jesús con las otras enseñanzas. No deberíamos poner la palabra de Jesús al mismo nivel de las palabras que estamos acostumbrados a escuchar. Jesús debería tener un lugar y un papel especial en nuestra vida.

Creo sinceramente que esto es uno de los desafíos de la cuaresma: ejercer la capacidad de escuchar a Jesús. Por eso, la transfiguración nos recuerda que tenemos que elegir a Cristo. Independientemente de lo que pueda ser nuestro sufrimiento en la tierra, tenemos la seguridad de compartir la alegría de Jesús. ¡Que la cuaresma sea una oportunidad para acercarnos a Jesús! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Génesis 22, 1-2. 9-13. 15-18; Romanos 8, 31-34; Marcos 9, 2-10

Fecha de la Homilía: 4 de marzo de 2012

© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

Nombre de Documento: 20120304homilia.pdf